

pero cerniéndolas bien para que se separen de las malas, para que en el contacto con el todo no perdáis las que á vosotros os quedan, las consubstanciales. No olvidéis que, por ser tan complejo y mezclado el espíritu de los hombres, hay que distinguir, distinguir siempre en él, y que atenerse al consabido proceder del filósofo: «Tomo la verdad donde la encuentro, sin preguntar de dónde viene; pero nada más que la verdad.» Y para ello, lo primero que hace falta es discreción para separar lo verdadero de lo falso, el oro de lo que simplemente reluce. Con esas precauciones por delante, bebed en la copiosa fuente de la civilización moderna; imitad á los que subieron más peldaños en la escala quebradísima de la educación humana; no creáis demasiado en fatalidades antropológicas y sellos imborrables de raza; atreveos á todo lo que otros hayan conseguido... y «sed vosotros mismos siempre», no á la manera del egoísta Peer Gynt, sino con el profundo sentido de Brand.»

Y decididos á ello, trabajad. Desconfiad de las tutelas extrañas, de las protecciones y máscaras filantrópicas. Todo redentor que no seáis vosotros mismos, os costará caro. «Sólo es digno de la libertad y de la vida el que cada día sabe conquistarlas», ha dicho el poeta. No es lo peor que no sea digno de ellas quien no las conquista por su propio y constante esfuerzo, sino que jamás llegará á obtenerlas de otro modo. La vida prestada, no es vida; y aun en lo que tiene apariencia de vivir, su precio es la libertad.

---

## El problema latino

---

Mi querido amigo Alfredo Calderón ha dedicado á *Los latinos* un artículo que, como todos los suyos, plantea la cuestión en firme y no regatea la verdad, aun á riesgo de parecer pesimista. Pesimista lo juzgarán muchos; pero la cuestión es esa y no otra. La civilización de los pueblos latinos está hoy sobrepujada por la de otros de cepa distinta. Imitar á éstos para borrar las diferencias y ganar el camino perdido, es cosa asequible, dependiente de la voluntad. De tenerla á no tenerla, les va á los *nuestros* la vida, la representación en la Historia. Considerado desde el punto de vista particular de cada nación, sería esto una gran desgracia; pero la especie se consuela pronto de tales pérdidas. Lo grave es que la anulación del elemento *latino* mutilaría á la Humanidad, quitándole elementos espirituales de una significación y un valor irremplazables; y lo que podría halagar en un comienzo el egoísmo de algunos, cedería al cabo en detrimento de todos.

Debemos reconocer que ese es el aspecto más serio de la cuestión y el derecho más fuerte á la vida que tenemos los latinos. Todo otro argumento se puede tachar de egoísta é interesado. Miradas las cosas con el criterio de la salud general, el empleo que un pueblo atrasado y moroso en su reforma puede tener, de seguir viviendo y embarazando con su inutilidad y sus defectos el camino de la Historia, no merece el respeto de nadie. Los pueblos nuevos, los



hombres del porvenir, harán bien en no tolerar á esos rezagados que se complacen siéndolo, y en hacer oídos sordos á sus lamentaciones para que se les deje vegetar ociosamente, muriéndose poco á poco y amenazando con la infección de sus males. Pero cuando esos rezagados son guardadores de algo indispensable para la obra común, cuando poseen tesoros trabajosamente reunidos en el proceso de los siglos y que nadie podría hoy improvisar, no sólo tienen derecho á la vida, sino un deber sacratísimo de defenderla y vigorizarla, que se corresponde con el deber de los otros de no consentir que se pierda ese capital humano.

Sabido es que cuando la reflexión plantea un problema referente al espíritu del hombre—máxime si es en sus manifestaciones sociales—, tiende por ley de su naturaleza abstractiva á simplificarlo, reduciéndolo á términos absolutos, precisos, como las cifras; lo cual es completamente contrario á la realidad de las cosas. Con razón han hecho observar algunos sociólogos y economistas que, probablemente, una de las dificultades mayores que tiene la resolución de los conflictos modernos entre el capital y el trabajo (y en general, entre las ideas tradicionales y las nuevas en punto á la distribución de los bienes materiales), es precisamente la de concebirlos como *problemas*, porque esa palabra evoca un concepto matemático, el cual supone una solución total y definitiva en un momento preciso; pero las cuestiones humanas, sumamente complejas y de términos que varían incesantemente, no se resuelven así nunca, sino que más bien van sustituyéndose por otras á medida que fragmentariamente se armonizan algunas de las relaciones de sus factores. Basta recordar la serie de cuestiones sucesivas en que ha ido declinando la desaparición de la primitiva esclavitud personal, base sólo en parte, aun en lo económico, de las sociedades antiguas.

La cuestión latina es también compleja y se desdobra en otras varias, que es preciso considerar para no precipitarse en la solución.

En primer término, la inferioridad de las naciones latinas respecto de las germánicas y anglosajonas, no es absoluta; se refiere tan sólo á ciertos elementos y direcciones de su vida. Las exageraciones de Demolins, que resucitaban desde el campo propio las formuladas en el campo ajeno por Fichte, por Gervinus y otros escritores, sirvieron para deshacer equívocos, merced á la numerosa literatura polémica que suscitaron. Por lo que se refiere singularmente á España y á los países de tronco español, la catástrofe política de 1898 y las discusiones á que dió lugar en Europa y en América, produjeron igual resultado. Pero no voy á repetir lo que tengo dicho en dos libros especialmente dedicados á este asunto: las *Cuestiones hispanoamericanas* y la *Psicología del pueblo español*. La encuesta reciente de *L'Européen*—á que aludí en uno de mis artículos anteriores—, ha demostrado lo mismo respecto del pueblo francés por boca de escritores ingleses y alemanes. La inferioridad, pues, se presenta como un fenómeno limitado á ciertos órdenes de la civilización. No es total, sino parcial.

Más importancia tiene otro aspecto de la cuestión general, á saber: el que se refiere á las diferencias (hipotéticamente substanciales) entre la psicología de los pueblos latinos y la de los sajones, verbigracia. Estas diferencias suponen dos cosas: primera, una causa interna, irreducible quizá, del desequilibrio de las *razas*: la superioridad parcial que hoy poseen algunas naciones en el orden político, económico etc., no sería un hecho explicable por causas puramente históricas y pasajeras, sino por condiciones fundamentales de su espíritu; segunda, la representación de aspectos distintos del alma humana en cada grupo de naciones, de modo que ninguna ofrece la totalidad del ideal por sí sola, debiendo completar sus vacíos con las cualidades que las otras tienen. Lo primero es sumamente dudoso ante la ciencia y ante los hechos, desde que Fichte y Guyau (también Goethe) han demostrado que un buen régimen educativo deforma lo que á primera vista



puede parecer como *natural* é ingénito en un niño, y desde que el Japón, verbigracia, ha probado cómo puede cambiar en poco tiempo la faz de una nación entera, á lo menos en ciertos aspectos de la vida, que creémos fundamentales. Lo segundo es absolutamente cierto, y contra su verdad no prevalecen las razones de quienes niegan existencia al grupo latino y al latinismo, así como al anglosajón y á su psicología especial. Evidente es que ya no cabe concebir las *razas* á la manera antropológica de otros tiempos, dado que en este respecto no existe hoy (en el mundo civilizado, por lo menos) ninguna agrupación social antropológicamente pura; evidente también que las naciones modernas están formadas por elementos sumamente heterogéneos, procedentes de las antiguas, y que su civilización es fruto de la mezcla de casi todas las que la Humanidad ha producido dentro del ciclo indoeuropeo. Pero no es menos cierto que, á pesar de aquella composición mezclada (á veces muy semejante) y de esta analogía en las fuentes de cultura, cada grupo—por causas que hoy científicamente desconocemos—ha determinado á través de los siglos un carácter especial, que supone, ya el predominio de uno de los elementos comunes, ya el cultivo especial de ciertas cualidades con olvido de las otras.

La cuestión estriba ahora en saber si todos esos caracteres, si todas esas cualidades que diferencian á los grupos entre sí (y dentro de cada uno, también, á las naciones distintas que los forman), son igualmente necesarios para la civilización humana y merecen conservarse. Los *latinos* creemos que sí, por lo que se refiere á lo nuestro propio; y sería inútil que, después de haber defendido esta santa causa de manera elevadísima un escritor americano, Rodó, se repitiese aquí lo que ya es sabido. Los mismos germanos y anglosajones lo reconocen también, á pesar de todo, y piden al viejo tronco heleno-latino elementos de cultura que ellos ni podrían rehacer, ni en buena economía social hay por qué crear de nuevo, despreciando el trabajo ya realizado y consolidado por los siglos. Y como esa consoli-

dación ha hecho que lo más íntimo é inefable del espíritu latino encarnase en ciertos pueblos, únicos que poseen el tino indefinible de traducir en la realidad, sin descomponerlo, ese espíritu, el derecho á la vida de ellos y el deber de defenderla y sublimarla, resulta evidente, incontrovertible. No son los latinos organismos muertos, inútiles, que es preciso arrojar al montón de lo inservible para la Historia, sino elementos que á todos importa no dejar perecer. Para el tipo ideal del porvenir, que uniformará quizá la civilización humana, el factor latino es necesario.

Pero también lo es el otro. ¿Qué debemos tomar de él y qué rechazar de nuestro carácter? La pregunta no es fácil de contestar en concreto, porque también los otros grupos poseen cualidades malas al lado de las buenas; también en ellos luchan ideales contrarios. Recordad las enérgicas protestas, casi testamentarias, de Spencer contra el imperialismo ferozmente egoísta de Chamberlain.

La cuestión, pues, se desdobra de nuevo. Cosas hay, perfectamente claras para nosotros, en la superioridad de los anglosajones, verbigracia (¿por qué no también, en su parte propia, de los chinos?), que necesitamos imitar y cuyos frutos nos son bien conocidos. En punto á ellas, el dilema no tiene vuelta de hoja: ó nos apresuramos á traerlas á nuestro acerbo propio, ó seremos sus víctimas.

Pero aun aquí debe hacerse un distinguo. No todo lo que hoy día representa fuerza, predominio, superioridad, es racionalmente bueno. La reacción militarista de algunas naciones, por otra parte de gran cultura, debe ponernos en guardia para que no nos deslumbren éxitos momentáneos que se pagan cruelmente más tarde y que, en fin de todo, producen la ruina de los sentimientos humanos más elevados.

¿Y por lo que toca á nuestros defectos? Son, unos, perfectamente visibles é indudables. Respecto de otros, sigue la opinión dividida. Leed el libro de Bazalgette, *El problema del porvenir latino*, que Valentí acaba de poner en castellano; leed el de Colajanni, *Razas superiores y razas infe-*



*riores*, que pronto correrá en el idioma de Cervantes; leed el artículo de Tarde, *El porvenir latino* (en la *Revue bleue*) y toda la copiosa literatura que en estos últimos años ha producido el estudio de estas cuestiones, y veréis cuánto difieren los críticos en muchos puntos.

Las luchas de los partidos políticos, de las escuelas de filosofía, de las creencias religiosas, renacen al llegar á este aspecto de la cuestión, todavía más que al tratarse de lo que debemos adquirir de los otros. Pero no nos arredre esto ni nos impida cumplir la reforma en lo que es incuestionable. Pongamos en ella lo mejor de nuestra voluntad, dejando al tiempo y á la labor incesante del espíritu que vayan poco á poco resolviendo las diferencias de opinión que en otras cosas nos dividen; si es que esas diferencias han de acabar alguna vez y no son fruto de cualidades irreductibles de nuestra inteligencia y de nuestro sentimiento.

---

## SEGUNDA PARTE

---

### Crónicas de España